

Biografía del gran botánico D. Carlos Pau

Accésit del premio de la Real Academia de Farmacia del concurso de 1941.

Por Jacinto F. CASADEVANTE.

En la antigua Segórbica o Segórbiga, ciudad prerromana con celtibéricas reminiscencias, sede episcopal y cabeza de partido judicial de la provincia de Castellón, enclavada en una altura entre dos colinas con castillos ruinosos, y a cuya situación debe etimológicamente su nombre, que ha variado por el de Segorbe, existía ya para mediados del pasado siglo una plazoleta llamada "Plaza del Arroz", por constituir el centro de contratación comercial de tan codicado producto, así como de otra suerte de granos y de legumbres, y que al andar del tiempo se ha transformado en la plaza del Obispo Haedo. Allí, entre sus arcadas, entre los edificios singulares de grandes balconajes y fachadas de piedra, restos históricos de hidalgas generaciones y de preteritas grandezas, D. Angel Pau Morlo y doña Josefa Español Martínez establecieron, en la casa señalada con el número 2, una tienda de granos y de harinas, que, impulsada por la tenacidad constante, propia de los levantinos, y por la paciente y diaria callada labor, pronto adquirió fama por aquellos contornos. El día 10 de mayo de 1857, aquel hogar modesto llenóse de alegría para recibir la llegada a este mundo de un único hijo varón, que al correr los años habría de ser un sabio botánico, honra del pueblo y prestigio de la patria.

Mas Carlos Pau Español no fué el único vástago, fruto de este honrado matrimonio. Hubo dos hembras más: Teresa, muerta en la juventud, y Celestina, que casó y tuvo cinco hijos: Vicente, Celestina, Angeles, Teresa y Vicenta Aznar Pau, de los cuales dos, Celestina y Angeles, han permanecido solteras, y con ellas vivió D. Carlos Pau, su tío, siempre hasta su muerte.

Su infancia se desliza placida y tranquila, en un ambiente de relativo bienestar, lo que no impidió que sus padres, en su afán natural de proporcionarle educación suficiente para aquella época, hicieran que acudiese al Seminario Conciliar, de Segorbe, en donde estudió Filosofía y Gramática y más tarde el Bachillerato, que lo abandonó para dedicar sus actividades al comercio y que luego los reanudó en Valencia con miras a seguir una carrera.

Testigos de sus correrías infantiles son las calles tortuosas y pinas que van ascendiendo en dirección de la Catedral, de puertas renacentistas; la iglesia muzárabe de San Pedro; la Casa de Misericordia y Hospital, de fines de la Edad Media; el antiguo palacio de los duques de Medinaceli, convertido en la actualidad en Ayuntamiento, y tantos y tantos otros edificios que, diseminados por entre las callejas estrechas, constituían el marco de aquel escenario, por el que los chiquillos campan por sus respetos, produciendo la alegría de sus juegos un alboroto de vida, hasta que las campanas catedralicias, llamando a oración, ahuyentan en la penumbra la actividad vivaz de los mozos, que prestos se retiran a sus casas; y en la primavera y en el estío, cuando el valle dilatado se llena de verdes policromos y de vegetación exuberante, tentación muchas veces de chicos y grandes, al ampliarse el campo de sus hazañas, podían alejarse hasta las últimas estribaciones de la Sierra del Espadán, ascender a los castillos roqueros y hasta las peñas del castillo de la Estrella e ir a zambullir su cuerpo adolescente en las frescas aguas del río Palancia y del río Pequeño, que mansamente se deslizan a los pies de la antigua Segórbica para alejarse en el horizonte, después de ir serpenteando por todo el valle.

Podría decirse que en esta época de su adolescencia fué cuando se iniciaron sus aficiones botánicas, que más tarde granaron en cuanto terminó la carrera.

Don Carlos Pau, con su carrera terminada y con sus grandes aficiones a la botánica, en cuya ciencia comenzaba a despuntar, ansiaba acercarse al terruño y decidió instalarse en Segorbe, haciéndolo en una casa, hoy desaparecida, de la calle de Colón y con pocas pretensiones, pues su farmacia, que no era grande, estaba constituida por largas estanterías que cubrían las paredes y en las que se alineaba el botamen característico de dicha época y un mostrador de color oscuro en su centro; con una puerta de cristales que daba a la calle y que durante el verano era substituida por una cortina de canutillos, y sin ningún escaparate. Esta misma disposición conservó cuando, al derribarse la casa, tuvo que trasladarse a otra de la misma calle, hasta que, hacia el año 1909, adquirió la finca colindante, señalada con el número 35 y que hoy es propiedad de su sobrino, D. Vicente Aznar Pau, que tiene establecida una droguería.

Poco tiempo tuvo la farmacia en dicho local, pues, deseando dedicarse exclusivamente a los estudios botánicos, abandonó las actividades profesionales, adquiriendo la casa señalada con el número 2 de la calle de Castellón, en donde vivió, en compañía de sus sobrinas Celestina y Angeles, hasta su muerte, acaecida el domingo, día 9 de mayo de 1937, a las seis y media de la tarde, cuando tan sólo le faltaba un día para cumplir los ochenta años.

Su gabinete de trabajo lo tenía instalado en la parte delantera del segundo piso de la casa mencionada de la calle de Castellón y es-

taba constituido por tres habitaciones; la central, destinada a biblioteca, y que logró ser una de las mejores de España en cuanto a material científico necesario para el estudio de la flora de nuestro país, y en las dos laterales tenía instalado su herbario, en paquetes debidamente ordenados y clasificados, que se apilaban sobre sencillos estantes que cubrían todas las paredes. Un gran tablero, sostenido por caballetas y los correspondientes barquillos, así como una escalerilla de mano, dispuesta en una habitación, y en la otra, una mesa de escritorio, constituía el modesto menaje de tan esclarecido botánico, aparte de libros, papeles y revistas que sin clasificar tenía almacenados en otras habitaciones.

El mencionado herbario, fruto de labor paciente de muchos años, se calcula que podría contener cerca de 70.000 ejemplares de plantas, tanto de Europa como de la flora mediterránea, de Asia y de Africa, pero muy especialmente de España, por considerársele como a uno de los botánicos que más han recorrido la península, habiendo herborizado por los Pirineos catalán y aragonés, las cordilleras del Centro, Gredos, Béjar, Guadarrama, Urbión, San Lorenzo y Cameros, las derivaciones celtibéricas de Albarracín y Jabalambre, las dos vertientes de Sierra Nevada, etc., etc., aparte de las distintas muestras recogidas por otros lugares, como en el norte de Africa e Islas Baleares y muy especialmente en la región en donde vivía, y de las innumerables que le remitían para su estudio y clasificación sus amigos y correspondientes, tanto nacionales como extranjeros, con los que mantenía correspondencia frecuente y de las que efectuó meritisimos trabajos.

Un par de años antes de iniciarse el Glorioso Movimiento Nacional fué cedida esta colección a la Universidad de Valencia en la cantidad de 50.000 pesetas, pagaderas en plazos anuales de 10.000, estipulándose que debería ser entregada al fallecimiento de su propietario y de que la Universidad valenciana no podría desprenderse de dicha colección, siendo idea de la misma la de instalarla en idéntica forma a la que se encontraba en Segorbe, para lo cual se obtuvieron una serie de fotografías con la disposición exacta de las habitaciones. Esta entrega no pudo efectuarse en las condiciones estipuladas porque, fallecido D. Carlos Pau en plena guerra, durante la aproximación de las tropas de nuestro Caudillo por aquellas regiones, con motivo del avance efectuado hasta el Mediterráneo en abril de 1938, hubo necesidad de evacuar todos aquellos pueblos, y sus sobrinas, temerosas de que se perdiera tan inestimable tesoro, avisaron a Valencia para que lo fueran a recoger y pudiera ser debidamente trasladado a la capital, cosa que los rojos hicieron mediante un acta de incautación, en la que aparecen 1.191 paquetes catalogados, mas unos cuantos, cuya cifra no se indica, sin catalogar, llevándose igualmente estanterías y los demás enseres que constituían los útiles de trabajo. El Gobierno rojo trasladó dicho herbario a Madrid, y parece que debe encontrarse en el Jardín Botánico, efectuándose en la actuali-

dad las debidas gestiones encaminadas a su definitivo traslado a la Universidad de Valencia.

Con tal motivo, esta casa, como otras muchas del pueblo, fué saqueada por los rojos, perdiéndose, por lo tanto, un arsenal de libros, fichas y datos importantísimos, que sus sobrinas, a pesar de los esfuerzos realizados, no han podido totalmente recuperar, y aun el mismo D. Carlos Pau, que vió la primera época de la guerra, fué objeto de persecuciones y malos tratos, que nada extraño sería fueran motivo para acelerar su muerte, ya que, a pesar de su avanzada edad, disfrutaba de una naturaleza privilegiada y de una excelente salud.

Era D. Carlos Pau Español alto, de complexión robusta, ojos grises vivaces y penetrantes, reflejo fiel de una privilegiada inteligencia, de carácter franco y sincero, aunque algo brusco y áspero en ocasiones; gran conversador, con ribetes de irónico, que gustaba tanto de la compañía y del trato de personas doctas como de las gentes humildes, a las que demostraba siempre gran afecto, interesándose por su vida y sus necesidades, y era público y notorio que nunca consintió en cobrar los medicamentos a aquellas personas que él estimaba necesitadas. Algo distraído y despreocupado en sus maneras y un tanto desaliñado en el vestir, porque decía que no había más ridículo que un viejo presumido, gustaba, sin embargo, de ver a la gente bien vestida, arreglada y hasta elegante. Modesto sin afectación y cariñoso sin empujones, estas dos cualidades iban envueltas en una brusquedad y y hurañía nativas, que en más de una ocasión le hacían aparecer muy distinto de lo que era en realidad, ya que no se percataba en manifestar sinceramente sus sentimientos, dentro de su carácter entero, siempre leal y recto, demostrando sus simpatías y antipatías a aquellos que a su juicio le eran mercederos.

De gustos sencillos, no era aficionado a hablar de sí mismo ni en la intimidad, siendo sus dos pasiones favoritas el trabajo y estudio, que los alternaba con la lectura, y el paseo y la caza, siendo, como buen cazador, andarín empedernido. Gustaba de estudiar por la noche, dedicando largas horas a sus trabajos, velando hasta el punto de que en más de una ocasión se daba cuenta que era de día al escuchar las campanas de la Catedral, que llamaban a misa de alba. A diario paseaba por las tardes, y en la época de caza se dedicaba a este deporte, sorteando aquellos riscos, primero, a pie, y más tarde, montado en una jaca, que para estos menesteres había adquirido y a la que profesaba especial cariño.

Cuentan a este respecto que, al ir avanzando en edad, sus sobrinas, que sentían una verdadera veneración por D. Carlos, que fué siempre pagada con la misma moneda, puesto que a ellas dedicó todos los afanes de su vida, propusieron a su tío el que vendiese la jaca,

temerosas, sin duda, de que, dada su avanzada edad, pudiera ser objeto de algún accidente, a lo que él resueltamente se opuso. Dado el gran cariño que D. Carlos sentía por el animal, y en evitación de que le fuera vendido, se la regaló a un Labrador amigo suyo, con la única condición de que le cuidara bien, para lo cual tenía que permitirle el que le visitara cuando quisiera, cosa que lo hacía casi a diario, cerciorándose en efecto del buen trato que al animal le daban y llevándose un gran disgusto cuando murió. Detalle éste de su vida que muestra sus buenos sentimientos y su gran corazón.

Efectuaba sus excursiones botánicas durante las primaveras, estando ausente de su casa largas temporadas, para dedicar el verano al estudio y ordenación de todo el material científico que había podido recopilar durante dicho período; excursiones que se fueron espaciando a medida que fué avanzando en edad, hasta quedar suprimidas en sus últimos años, así como el velar por la noche, cosa que por consejo e imposición de sus sobrinas cambió por la costumbre de madrugar, siendo, por lo tanto, como nuestro Ingenioso Hidalgo, gran madrugador y amigo de la caza, aunque este deporte en sí no le apeteciera grandemente, sino más bien como excusa o motivo que pudiera servirle para sus constantes herborizaciones.

En esto sí que no desperdiciaba el tiempo. Cuéntase que en una ocasión, efectuando una excursión por Mallorca, en compañía de su buen amigo D. Emilio Moroder, el autobús en que viajaban sufrió una avería. Al objeto de aprovechar el tiempo mientras la reparaban, se internaron por entre unos barrancos y comenzó D. Carlos Pau a recoger plantas y más plantas, hasta que dió con una especie nueva, que él no la había clasificado, y dícese que cuando viajaba en este género de vehículos, al recordar la gran alegría causada por semejante hallazgo, deseaba muchas veces que en medio del campo sufriese alguna panne el vehículo para tener ocasión de repetir la escena.

Como buen levantino, poseía aptitudes artísticas, que en sus buenos tiempos las alternó con las científicas actividades. Muy aficionado a la música, tocaba la guitarra y tenía varios retratos del guitarrista Tárrega colgados en sus habitaciones de trabajo. Amante de la buena música, se deleitaba con la ópera, desdiciendo la música vulgar y frívola, y no era nada interesado por los deportes ni por el cine, hasta el punto de que desconocía el cine sonoro.

Poseía un alma grande, que atesoraba grandes afectos, y dada su modestia y su aversión al exhibicionismo y a la publicidad, los guardaba en su corazón para irlos soltando de vez en cuando en forma de un sabio consejo, una advertencia aleccionadora o una frase mordaz, pletórica de filosofía. Como todo hombre de valer, tenía gustos selectos, y a cultivar sus pequeñas aficiones y al estudio de la ciencia dedicó la vida entera, llenando con su nombre un gran período de la Botánica española.

Como demostración de este su carácter, no nos resistimos a silenciar dos anécdotas suyas.

Hubo una época en la que, siendo bastante numerosos los muchachos que en Segorbe tenían que prepararse en los estudios del Bachillerato, había necesidad de organizar las enseñanzas a fin de evitar que a edad temprana tuvieran que trasladarse a Valencia para efectuarlos. Reuniéronse varios padres de familia para tratar del asunto, siendo D. Carlos uno de los primeros del que solicitaron su aportación para que diera sus clases.

—Conforme—contestó D. Carlos.

Entusiasmados los comisionados al ver que tenían resuelta una parte del problema, ante la certeza de que D. Carlos daría las clases de Ciencias Naturales, éste les replicó con toda sinceridad:

—Yo les daré clase de francés.

Alarmados ante salida tan inesperada, hicieron todos los esfuerzos para convencerle de que diera clase de Ciencias.

Don Carlos no transigía en su empeño de dar lección de francés, hasta que le dijeron:

—...Pero, D. Carlos, ¿usted explicará el francés?

—Sí; el francés—respondió con entereza—, porque así lo aprenderé yo también...

En otra ocasión iba D. Carlos Pau, en compañía de otro señor, cuyo nombre no hace al caso, al Africa en Misión científica, donde tenía que reunirse con botánicos que habían de llegar de otros países. Como era largo el camino y tenían que atravesar parajes desconocidos, aceptaron los servicios de unos guías. Fuera por el silencio mostrado por el Sr. Pau o porque su acompañante se dió más maña, lo cierto es que los guías creyeron que aquél era un servidor de éste, por cuya razón todas las atenciones iban dedicadas al mismo. Al llegar al sitio designado, después de los saludos de ritual y de un cordial recibimiento, comenzaron los discursos de bienvenida para el Sr. Pau y que iban dirigidos a su acompañante, hasta que éste tuvo necesidad de deshacer el equívoco. Ya desde entonces hasta los guías se sintieron ofendidos, creyendo que se les había engañado, teniendo que intervenir el propio don Carlos para convencerlos y quedaran tranquilos.

Poseía D. Carlos Pau algunas condecoraciones, casi todas ellas extranjeras, y a las que, dada su modestia, nunca les concedió especial importancia, ya que jamás hizo ostentación de ellas. Era director de la revista *Cavanillesia*, que se editaba en Barcelona, miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias y Artes y de la Institución Catalana de Historia Natural, de Barcelona, y de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Zaragoza, así como de diversas Corporaciones científicas extranjeras.

N. de la R.—De esta Biografía se han suprimido dos párrafos, que relatan el incidente con Loscos y la muerte de Pau, así como la bibliografía, por ser iguales a los que aparecen en la Biografía original del Dr. Bellot.